

sirven de indicacion; mas, cuando son causados por animales, son el resultado de movimientos espontáneos, y solo son considerados por signos de la vida por cuanto van acompañados de otros movimientos espontáneos.

Hay que añadir que la aptitud para clasificar poco más ó menos correctamente lo animado y lo inanimado, se desenvuelve inevitablemente en el curso de la evolucion, puesto que es un medio esencial de conservacion de sí mismo, bajo pena de muerte por hambre ó por enemigo, es necesario que el animal cultive su facultad de distinguir lo animado de lo inanimado, y por consiguiente que esta facultad se perfeccione.

¿Diremos, pues, que el hombre primitivo es ménos inteligente que los animales inferiores, ménos inteligente que las aves y los reptiles, ménos aun que los insectos? Si no es así, es necesario decir que el hombre primitivo distingue lo animado de lo inanimado, y si le concedemos mayor inteligencia que á las bestias, es necesario concluir que la distingue mejor que ellos. Los signos de que se sirven los animales, y de los cuales los animales superiores se sirven ciertamente bien casi siempre, han de servirle tambien; la sola diferencia está en que evita los errores de clasificacion en que caen los animales más inteligentes.

Verdad es que el salvaje, tal como lo conocemos hoy día, comete de ordinario errores de clasificacion cuando se le muestran ciertos productos de las artes de la civilizacion, conformados y obrando á semejanza de los seres vivos. Los Esquimales creyeron que los buques de Ross eran animales vivos, puesto que se movian sin remos; y Thompson dice que los naturales de Nueva Zelanda, «cuando estuvo á la vista el buque de Cook, lo tomaron por una ballena con velas.» Anderson cuenta que los Bosquimanos suponian que un carruaje era un sér animado que se alimentaba con yerba; la complejidad de su estructura, la simetría de sus partes, sus ruedas giratorias, no podian compaginarse con la experiencia que tenian de las cosas inanimadas. «Eso está vivo,» decia un Arruak á Brett, contemplando una brújula de bolsillo. Dícese á menudo que los salvajes toman un reloj por un sér vivo. Añádase que, segun se asegura por los exploradores de las regiones árticas, los Esquimales creyeron que una caja de música y un órgano portátil, eran seres vivos, y que la caja era el niño del órgano.

Esto, claro está, por cuanto los instrumentos automáticos que emiten sonidos variados, se parecen por ello, de una manera notable, á muchos cuerpos animados. Los movimientos de un reloj, que no parecen producidos por una

causa exterior, parecen espontáneos; tambien, pues, es muy natural atribuir la vida á un reloj. No tenemos, pues, por que tomar en cuenta los errores que comete el hombre clasificando los objetos productos de las artes perfeccionadas y que simulan objetos vivos, ya que hacen caer al hombre primitivo en el error, de una manera distinta de lo que lo hacen los objetos naturales que le rodean. Si no vamos más allá de las ideas que él se forma de esos objetos naturales, no podemos evitar la conclusion de que en el fondo no se engaña en la clasificacion que hace de los objetos en animados é inanimados.

Concluiremos con esto haciendo observar que estamos obligados á separarnos en un principio de ciertas interpretaciones que generalmente se dan de las supersticiones del hombre primitivo. La hipótesis tácita ó expresa, de que el hombre primitivo tiene una tendencia á asignar la vida á cosas que no la tienen, no es sostenible. La percepcion de las diferencias que las separan, cada vez más terminante á medida que la inteligencia se desenvuelve, ha de serlo en él mucho más que en el resto de los animales. Suponer que, sin causa, los confunda, es suponer el curso de la evolucion invertido.

Verdad es que se dice que tiende á confundirlos toda inteligencia poco desarrollada. Cítanse hechos que implican que los niños no hacen distincion alguna. Tendrian algun valor si no estuviesen viciados por las ideas que los adultos sugieren á los niños. Una madre ó una niñera que quiere calmar á un niño que se hace daño al topar con algun objeto inanimado, ¿no afectan tomar partido por el niño y contra el objeto, y no dicen, por ejemplo, «¡anda allá, mala silla, que has hecho daño al niño! ¡dale! ¡dale!» De dónde se sigue que hay quien supone que la idea no está en el niño sino que se le comunica, y sin embargo, la conducta general de los niños con los objetos que le rodean no permite creer que hagan semejante confusion. A ménos de que un objeto inanimado no se parezca á un objeto animado hasta el punto de poder imponerse por una criatura viviente sin movimiento, pero que no se vé, el niño no muestra temor alguno. Cierto es que se asusta cuando vé moverse una cosa inanimada, sin apercibir la fuerza exterior que la pone en movimiento, pues cualquiera que sea la diferencia que distinga á una cosa animada de otra inanimada, con tal que manifieste la espontaneidad característica de los seres vivos, despierta la idea de vida y puede provocar un grito. De otra suerte, el niño no atribuye al objeto grito alguno mejor del que se lo atribuiria el perro ó el gato.

¿Se dirá, pues, que inclinado el niño á dramatizarlo todo, cuando llega á una edad más avanzada da una personalidad á cada uno de sus muñecos, y que

los trata y acaricia como si fueran en realidad seres vivos? A esto responderemos que no se trata de una creencia, sino de una ficción deliberada. El niño puede ciertamente pretender que tales cosas son vivas, pero en realidad no lo cree. Si la muñeca llegase á morder, no quedaria de ello ménos sorprendido que el adulto. Muchos animales inteligentes dramatizan en sus juegos esas acciones agradables de facultades ociosas de la misma manera que el niño, si es que falten los objetos vivos necesarios, en cuyo caso aceptan para representarlos, objetos inanimados, sobre todo si esos objetos son hechos de manera que simulen la vida. Por ejemplo, el perro que corre tras del palo que le tiran no lo cree vivo por esto. Si lo despedaza antes de haberlo atrapado, no hace más que dramatizar la caza: si lo creyera vivo, lo morderia con el mismo ardor antes ó despues de arrojarlo.

Alegaré todavía que el mismo hombre adulto traiciona algunas veces una tendencia íntima á representarse los objetos inanimados como animados. Irritado por la resistencia que un objeto inanimado opone á sus esfuerzos, puede, en un exceso de rabia, renegar de dicho objeto, tirarlo al suelo y pisotearlo. Pero esos actos tienen una fácil explicación: la cólera, como toda otra emoción fuerte, tiende á descargarse bajo forma de violentas acciones musculares que han de tomar tal ó cual dirección; cuando la causa de la cólera es un ser vivo, que es lo que más á menudo sucede, las acciones musculares se dirigen de manera que se le hace daño; y cuando el objeto no es animado, la asociación establecida dirige las descargas musculares en el mismo sentido, como no le distraiga otra causa en otra dirección. Pero no puede decirse que el hombre que da rienda suelta á su furor por actos de ese género, crea que el objeto es vivo, aunque por esta manera de descargar su irritación parezca pensarla.

Ninguno de esos hechos, pues, supone una confusión real entre lo animado y lo inanimado. La facultad de distinguir lo uno de lo otro, una de las primeras de que se perciben indicios hasta en los animales desprovistos de sentidos especiales, y que va aumentando á medida que la inteligencia se desenvuelve, y que se completa en el hombre civilizado, esta facultad tenemos que considerarla como poco ménos que completa en el hombre incivilizado. No es posible admitir que el hombre pueda confundir ideas que se hacen cada vez más claras en todas las formas inferiores del espíritu.

«¿Cómo, pues, se dirá, se explicarán las supersticiones?» «Que las supersticiones impliquen por lo general el que el hombre asigne la vida á cosas que no la tiene, es innegable. Si el hombre primitivo, pues, no se siente arrastrado

á cometer tal confusión, ¿cómo explicar la difusión extrema, si no es la universalidad, de creencias que atribuyen la personalidad, y tácitamente la vida, á una multitud de cosas inanimadas?

Replicaremos á eso, que tales creencias no son primarias, sino de todo punto secundarias, y que el hombre se siente arrastrado á ello cuando hace sus primeras tentativas para comprender el mundo que le rodea. El estado incipiente especulativo ha de venir despues de una fase en que no existía especulación alguna, en que no existía todavía lengua alguna propia para hacer que progresase la especulación. Para ese tiempo no tiene el hombre primitivo mayor tendencia que los animales á confundir lo animado con lo inanimado. Si en esos primeros esfuerzos de interpretación forma concepciones en desacuerdo con esa distinción preestablecida de lo animado con lo inanimado, es necesario que sea por consecuencia de una ilusión causada por una impresión fuerte, que introduzca en su espíritu el germen de un error que al crecer da lugar á un grupo entero de interpretaciones erróneas.

¿Cuál es el error originario? Precisa buscarlo entre las experiencias que declaran lo animado de lo inanimado. Estados hay que sin cesar se renuevan, en que seres vivos simulan cosas faltas de vida, y así veremos que en ciertos fenómenos que de ellos se originan está la simiente del sistema de supersticiones que crea el hombre primitivo.

EL SUEÑO Y LOS SUEÑOS

Una concepción hay que se nos hace tan corriente por efecto de nuestra educación, que equivocadamente la tomamos por una idea original y necesaria; tal es la concepción del espíritu, en tanto que ser interior distinto del cuerpo. La hipótesis de una unidad que siente y piensa, y habita en un cuerpo, ha penetrado de una manera tan profunda en nuestras creencias y lenguaje, que apenas podemos figurarnos que una tal idea fuera estraña para el hombre primitivo.

Sin embargo, no tenemos más que preguntarnos qué es lo que existe en la experiencia de un hombre ignorante que le pruebe la existencia de una tal unidad, para convencernos de las dificultades de su concepción. El hombre primitivo puede á todo propósito ver las cosas que le rodean, tocarlas, manejarlas, llevarlas de aquí para allá; pero él no conoce ni la sensación, ni las ideas, no